

MI FILOSOFIA



EDITORIAL "SOL"

MONTEVIDEO

AMADO NERVO

IDEAS
Y
FILOSOFÍAS



EDITORIAL "SOL"
MONTEVIDEO

LAS IDEAS DE TELLO TÉLLEZ

A este Tello Téllez no lo he inventado yo.

En primer lugar, yo no invento jamás nada, y, en segundo, inventar a Tello Téllez no sería precisamente una hazaña.

Tello Téllez (o T. T. como he de escribir su nombre en lo sucesivo para economizar tinta) no fué ni un original ni un *snob* ni un temperamento. No fué ,en suma, nada importante. Perteneció a esa mesocracia a la que pertenecemos tantos y tantos. Nació, vivió y murió como los demás·

Pero—y aquí toco el nudo de la cuestión—T. T. era un hombre que pretendía tener ideas.

"Mis ideas", decía continuamente, como otro hubiera dicho: "mi sombrero", "mi bastón", "mi paraguas", "mi mujer".

Pretendía, además, que sus ideas debieran ser conocidas y aún pasó por sus mientes la de escribir un libro.

Este libro debía llamarse: "Mis ideas", así, a secas.

Pero T. T. no escribió jamás el libro, limitándose a apuntar en algunas cuartillas, con letra

menuda, opiniones diversas—"ideas diversas", decía él—sobre diversas cosas.

En cierta ocasión estuvo casi a punto de pergeñar el libro y de encontrar editor.

No lo alarmaron las condiciones ultra-onerosas que ese editor le fijó.

A T. T. no lo alarmaba nada en este mundo... ni la perspectiva de oir un poema épico en veinte cantos y en octavas reales. Pero sí fué obstáculo serio para la publicación de "la obra" cierta exigencia que lo molestó en sumo grado: El editor quería 350 páginas, ni más ni menos, *de ideas* de T. T. para una biblioteca especial que estaba publicando, "Biblioteca de Filosofía y Letras" si mal no recuerdo, y T. T. se negó rotundamente a tener ideas para 350 páginas. ¿Hizo bien? ¡Ah! no lo sé; pero a mí me gustó su *gesto.*

¡Cuántos poetas amigos míos han tenido que componer trescientas cincuenta páginas de versos para dar la medida, el almud editorial implacable!

No hay duda de que la negación(rotunda, lo he dicho ya) de T. T. vengó a esos míseros fabricantes de sonetos a destajo.

¡Oh, sombra de Lelian, que llevabas tu poemita diario a Vanier a fin de que te diese 5 francos necesarios para tus ajenjos y demás vicios "adyacentes"... te recuerdo!

T. T. no publicó, pues, sus *ideas.*

Y a esto debes, amigo, el que las publique yo,

siquiera sea fragmentarias, desordenadas, tal cual él me las dejó, sin principio ni medio ni fin.

¿Que por qué las publico?

¡Ah! si supieseis las súplicas, los recordatarios, que me hizo T. T. antes de irse...

Porque deben saber ustedes que T. T. tuvo una idea buena entre tantas acaso malas: la de morirse joven, de un síncope cardíaco; es decir, tuvo dos ideas buenas: morir joven y morir de síncope.

El pobre andaba malucho del corazón, temía estirar la pata y su obsesión eran sus *ideas*.

—"¡Que las publiques! ¡que no las pierdas! ¡que no me las eches al cesto!"

... Y las publico, amigos, así, desaliñadas a las veces; candorosas, otras; ultrarrevolucionarias quizás también, o sosas... o tontas: ¡de todo, de todo!

¡Se lee tanto malo!

¿Pues por qué no enterarse de las "ideas" de T. T.?

Al fin y al cabo ocupan pocas páginas, y de sobra sabemos, además, como dijo el otro, que no hay libro, por malo que sea, en el que no se encuentre algo bueno.

I.

TELLO TELLEZ OPINA SOBRE "LA VIDA"

"Soy un poquito bergsoniano. Encuentro que la vida desborda del conocimiento y lo supera. No puede, por tanto, ser objeto de conocimiento.

"La inteligencia tiene por finalidad conocer la materia, componerla, ordenarla, modificarla, dividiéndola, especialmente los sólidos. Pero no puede conocer la Vida. Porque la parte no puede darse cuenta del todo.

"La inteligencia no es más que una fase *actual* del movimiento evolutivo; no es más que una función de la vida. "La vida en un período de su transformación, período por el que venimos atravesando hace cientos de miles de años, ha necesitado de la inteligencia y la va desarrollando lentamente, en órganos especiales. Pero se reserva para la inmensa mayoría de las especies el *instinto,* que también es factor suyo. El instinto, anterior a la inteilgencia, acompaña a la Vida desde el pretiempo. ¿De dónde viene con ella? No lo sabemos; pero conserva algunos secretos primordiales; trae polvo de estrellas en sus sandalias silenciosas, y acaso, tratándole merced a una educación enérgica, eficaz, paciente,

diría a la inteligencia lo que las ciencias no han podido decirle nunca: el secreto de la Vida misma: *le mot de l'enigme...*

"Mientras esto sucede, es absurdo, es idiota decir: ¡No comprendo, luego no creo!

"¡Como si una fe cualquiera pudiese ser resultado de la compensación!

"El Racionalismo es el más estulto de los sistemas. Pues, ¿y el positivismo spenceriano? ¡El *tomasismo* elevado casi a religión!

"Por lo demás, Bergson ha matado a los *mecanistas* y a los *finalistas*. Ya eso no resucitará. *Jam faetet...*

"La inteligencia ha surgido, pues, en un momento determinado de la evolución, porque a la Vida le convenía que surgiera. Y ha surgido en una ramificación de los vertebrados, en la *bestia vertical,* en el hombre.

"Pedir, por lo tanto, el hombre a la Vida que revele a su inteligencia la razón de los grandes movimientos instintivos, como el odio y el amor y la fe y la alegría, es querer meter lo absoluto dentro de lo contingente y relativo.

"¡Imaginemos a un botón queriéndose explicar por los datos extraídos de su modesta sustancia córnea, los orígenes y la existencia del sastre que lo utiliza cosiéndolo en un traje!

"Por eso el instinto, avasallador en tantos casos, vence y desdeña a la inteligencia, sobre todo en el

Amor, palabra de los hombres. *Le coeur a des raisons que la raison ne comprend guère...*''

*
* *

Advierto al lector que Tello Téllez era un filosofante incorregible y fatalmente tenía que meternos en estas filosofías... Yo padecí muchas veces su dialéctica, con una paciencia que el Hacedor de todas las cosas (inclusive de los filósofos) ha de tenerme en cuenta.

Hoy, vosotros, a vuestra vez, lo padecéis, lectores abnegados y discretos; pero con la circunstancia de que, a lo menos, podéis dejar estas páginas y poneros a leer otra cosa.

Os favorece la muda y paciente serenidad del libro, de la revista, que hablan si les preguntáis algo y si nada les preguntáis, callan...

II

T. T. OPINA SOBRE EL AMOR

''La inteligencia ha echado a perder el amor, como echa a perder tantas cosas...

''El ''te conviene'' o ''no te conviene'' ha sido el destructor encarnizado de toda felicidad entre los hombres que viven socialmente.

''—Pero, objetáis, ¿si de hecho vemos que tal o

cual amor no conviene, sino que por el contrario frustra el porvenir?

"—Y eso, ¡cómo lo veis! Lo veis con vuestra inteligencia atiborrada de prejuicios, con vuestra imaginación, la comadre de siempre, que quiere intervenir en todas las cosas.

"Cuando el instinto genésico, nos empuja violentamente a los brazos de determinada mujer, es porque esa mujer *nos conviene*... dentro de zonas y perspectivas que la razón no puede abarcar porque no están en su plano.

"Las trabas puestas por el común pensar de los hombres, por la inteligencia que se mete en lo que no le atañe, desvían o alteran o modifican este impulso seguro, y el hombre, que iba tras de su verdadera mitad, cae en los brazos de otra mujer, de la que *le conviene,* según los *sensatos,* y entorpece el sabio y lúcido pero misterioso mandato de la Vida...

"¿Por qué se entromete la inteligencia en las cosas del instinto, de los instintos supremos que la Vida ha puesto como sillares de la individualidad?

"El Amor lleva consigo su luz: no lo alumbréis con vuestra ridícula cerilla intelectual...

"La inteligencia,—judía eminentemente práctica,—se hartará, por ejemplo, de decir al instinto, con respecto a los seres desaparecidos: "¡Olvida el amor que se te murió! Un muerto ya no es nada,

ya no es nadie, ya no sirve para nada: ¡a qué recordarlo!"

"Pero el instinto ni siquiera responde: Sigue amando al que aparentemente se fué para siempre. El sabe que un muerto es *alguien* (se lo ha cuchicheado la voz que viene desde los orígenes) y que conviene recordarlo y amarlo; porque el amor, anterior a la inteligencia, como la Vida misma, tiene por fuerza que sobrevivir a esa inteligencia, linternita eventual, alimentada por combustión de fósforo en un momento dado de nuestro período evolutivo.

"¡Por algo había dicho la sabiduría que el amor es más fuerte que la muerte!

"—¡Le perdió una mujer!—exclaman los timoratos cuando un hombre opta en amor por el instinto, dejando la razón a un lado:—¡Le perdió una mujer.

"¡Mentira!, si la amaba y fué tras ella sin obstáculos, por el libérrimo ímpetu instintivo, no le perdió. ¡Se hallaron los dos!

"La mujer encontrada por el instinto, no pierde a nadie jamás. Lo gana siempre...

"El amor nunca ha dejado de tener razón.

"Pero bien sabemos que la razón del amor suele ser la sinrazón del sentido común y de allí el conflicto, el eterno conflicto social, y de allí que a la Amada la sustituya una mercadería con faldas; porque en suma no es otra cosa la mujer que se entrega a un hombre sin quererle, a cambio de

todas las garantías, sin ningún riesgo, adquiriendo libertad, membrete mundano, editor responsable, casa, criados, alimentación y a veces hasta coche y palco en el Real.

"Los grandes amores hicieron grandes cosas.. ¡ay!, en otros tiempos, "cuando Dios quería..." Hoy, los contubernios legales suelen ya no saber hacer nada... ¡ni hijos!"



(Convén conmigo, lector sufrido, en que Tello Téllez no ha inventado la pólvora. Sus ideas sobre el amor no son nuevas. Aunque cabe disculpar a quien no dice algo nuevo en achaques de amor, pues que tan dicho y redicho está todo. Continúa mi amigo declamando contra la insensatez de los matrimonios actuales, y como detesto las declamaciones, corto aquí por lo sano. Cuando T. T. vivía, invitábale yo con frecuencia a comer; pero en cuanto empezaba con declamaciones sociológicas, lo amenazaba con suprimirle los postres y el café. Hoy, como el pobre se ha muerto, se conoce que ya no le importan mis amenazas y, fiado en mi promesa de publicar sus ideas, se lanza a declamar... ¡Paciencia! Algo debemos perdonar a los difuntos, a cambio de su impasible y docto silencio, tan preñado de arcanos como discreción.)

III

T. T. OPINA SOBRE LA PIEDAD DE DIOS

"A medida que el hombre se vuelve más piadoso, más alta idea tiene de la piedad de Dios.

"¡Es claro! Todo el mundo sabe que el hombre ha hecho Dios a su imagen y semejanza.

"Dios es del tamaño de quien lo "busca" y, según la magnitud y la claridad del espejo interno, se copian en él, mejor o peor, las grandezas del universo.

"Un hombre piadoso no hubiera sido nunca secuaz de Jansenio.

"Los seres egoístas, suspicaces, rencorosos, no quisieron que Dios tuviese piedad.

"Ellos han inventado las gehenas y las han poblado de todas las torturas que se sentían capaces de aplicar al prójimo.

"Para conocer la alteza de un hombre hay que procurar medir su egoísmo.

"A mayor egoísmo corresponde siempre mayor inferioridad.

"El hombre bestial no ama a nadie. No sabe ni siquiera amarse a sí mismo. Tiene tres o cuatro instintos bajos, que procura satisfacer y se contenta con esta satisfacción.

"Subamos algunos escalones y nos encontraremos con el hombre que sabe amarse a sí mismo: el ególatra, el petulante, el simpelmente vanidoso, el sibarita.

"En el sibarita no hay ya nobleza, porque hay refinamiento en la educación de los sentidos, además de que el sibaritismo no está reñido con ciertos altruísmos secundarios.

"Algunos escalones más y encontraremos al hombre capaz de amar a una mujer.

"Sigamos ascendiendo, y tropezaremos con el hombre que sabe querer a sus amigos, que está dispuesto a servirles.

"Claro que entre cada escalón hay innumerables, infinitos matices de evolución.

"¡Ascendamos... ascendamos! y encontraremos en esferas muy altas en que se respira apenas el aire de la tierra, al hombre que ama a la humanidad, que trabaja por ella, que por ella se sacrificaría...

"Estamos ya en planos muy altos... muy altos... Pero ascendamos más. ¿Quién es esa figura fúlgida, toda estremecida de piedad, no ya sólo para los hombres, sino para las bestias y aun para las cosas? ¿Esa figura que querría abrasar a la naturaleza entera en el fuego de su caridad? Es San Francisco de Asis...

"¿Todavía os atrevéis a ascender? Mirad que el aire se rarifica, que la sima da vértigo... ¿No im-

porta? Pues ¡ea!, un ímpetu extrahumano para salvar las tres montañas superpuestas:

"¡Estáis delante de Cristo!"

.. ..

".. Pero ¡bajad! ¡bajad! No quiero asfixiaros. Aquí, al ras de la tierra hay una piedad que casi no es humana a las veces: la piedad de las madres, de la cual se ha dicho que es el gran secreto de la Vida y que acaso conoce el misterio de la vida misma...

"Según cierta balada, creo que catalana (y que recuerda todo el mundo), un atolondrado y cálido amante quiere en vano obtener los favores de una mujer fría, caprichosa, cruel, como una Salomé...

"—No te amaré, le dice ella, si no me traes el corazón de tu madre.

"El mísero lucha se debate· pero es débil... Ama... Cede al fin.

"Va por la noche al lecho de su madre, que duerme, le abre el pecho blanco y misericordioso, y le arranca el corazón.

"Febril, loco, echa a correr con la entraña, palpitante aún, en la diestra· ¡Va a buscar el premio!

"Pero su avidez y su desconcierto le hacen tropezar. Cae... se levanta turbado... y entonces el corazón de su madre adquiere voz, sí, adquiere voz, sólo para preguntarle:

"—¿Te has hecho daño, hijo mío?

"Oh, vosotros, los débiles, los temerosos, los cre-

yentes angustiados, que dudáis, que hacéis a Dios la suprema injuria de tenerle miedo, como a un fiscal o a un gendarme, ¿creéis, por ventura, que quien ha creado a las madres tenga menos piedad que ellas?''

*
* *

Como ven ustedes, Tello Téllez casi llega aquí a la grandilocuencia...

Se conoce que el día en que escribió lo anterior se había despertado optimista.

Quizá comió bien y tal vez su dispepsia (porque también tenía dispepsia) no dijo: "Este estómago es mío.''

Pero hace más Tello Téllez en las citadas páginas. Me reproduce cinco versos que están penetrados, saturados de la fe ciega... de mi fe ciega en la piedad de Dios. Helos aquí.

"Dios es mejor de lo que opina el cura:
Hay más piedad de la que espera él mismo,
En las entrañas de la Esfinge obscura.
Hay más luz de la que él mira, en la Hondura;
¡Más amor del que él piensa, en el Abismo!''

Y ustedes me dispensen la reproducción. ¡Pero ya digo que Tello Téllez los cita!

Tello Téllez leía pocos versos. Casi, en asunto de poetas, no me había leído sino a mí... Es decir,

no había leído a nadie; porque yo no soy precisamente un poeta... ¡a menos que pueda haber un poeta sin literatura!

Si por casualidad puede haber un poeta sin literatura *ecce homo*, o para decirlo más claro, *me voici*!... Y ahora vienen como de molde las páginas que T. T. escribió sobre *literaturismo*.

IV

T. T. OPINA SOBRE LA LITERATURA

> La pensée la plus vivante se glacera dans la formule qui l'exprime. Le mot se retourne contre l'idée.
>
> BERGSON

"Dice Lickefest: "Nadie sabe la literatura que hace falta para no parecer literato, ni lo que hay que saber de dibujo para desdibujar. Para ocultar todo arte hay que ser un supremo artista."

"... Pero esto no lo entienden así los temperamentos nuevos, las almas "feraces" de nuestra zona tórrida.

"¿Esconde usted la literatura? ¿Escatima el tropo? Pues pierde usted su reputación.

"Yo, Tello Téllez, empecé, como todos, a escribir con mucha literatura. Y cuando leía a mis amigos algunas páginas de mis trabajos, se entusiasmaban sin remedio.

"Pero el tiempo trajo la evolución natural y me simplifiqué.

"Rompí todo aquel fárrago literario, que no vió más luz que la discreta de mi estudio y seguí rompiendo ensayos sucesivos, hasta que, en mi concepto, hube llegado a la nitidez.

"Hoy, soy un nítido. Estas "Ideas", que una mano piadosa (1)—si no la mía—ha de publicar más tarde, son nítidas: ¡son agua filtrada... y no más!

"Pero, mis amigos los tórridos a quienes he osado leérselas... no aplauden. Falta el tropo; falta la literatura visible, que es a sus ojos lo que la grequita, que, en cuanto os descuidáis, el impresor candoroso de provincia pone en las carátulas de vuestros libros.

"¡Ah! Yo bien sé que a la simplicidad se llega tarde o no se llega nunca.

"Yo bien sé que se empieza por el churriguera en nuestras ciudades de América y suele no acabarse por el Luis XVI.

"Esa serenidad del estilo Luis XVI, decepciona a nuestros hermanos los viajeros tropicales.

"Estoy cansado,—yo, Tello Téllez, francófilo incorregible en este asunto,—de oir decir a amigos míos:

(1) Esto de la *mano piadosa* lo escribió Tello Téllez por mí... por halagarme y comprometerme a publicar sus páginas.

"—Conque éste es París! Pues, la verdad, lo creía mejor. ¡No tiene chiste!...

"Las maravillosas avenidas de la Estrella, en que se alinean sombríos, severos, con una noble austeridad de línea tantos palacios, ¡*no tienen chiste*!

"¿Sabéis qué es eso de "no tener chiste"? Pues os lo voy a decir. No tener chiste es no tener cornisas de azúcar candi, columnitas a diestra y a siniestra, relieves, promiscuidad pintoresca de colores y estilos... El París, "con chiste", sería un París ideado por un pastelero sentimental y servido al final de un banquete cursi...

"Volviendo ahora a los libros, diré que Anatole France, con la formidable e irónica sencillez de los suyos, no tiene literatura... es decir, "no tiene chiste". Flaubert, muy literario, es inferior a Balzac y hasta a Zola, "como psicólogo y filósofo"... Pero "tiene chiste", hiere más la imaginación literaturizada, porque sobra en él el procedimiento. D'Annunzio gustará siempre más y tendrá siempre "más chiste" que el hondo Maeterlinck, porque D'Annunzio es todo literatura.

"... Pero creo inútil apurar la cuestión. ¿Qué extraño es que los grandes espíritus, como un Tolstoi, acaben por despreciar profundamente el *literaturismo,* la insinceridad, el lujo, la opulencia rastacuera de ciertos estilos, la frondosidad de la retórica, el snobismo del *métier,* del procedimiento, y que asimismo acaben por otra cosa, por *no tener chiste,* como una columnata dórica, como un sere-

no frontis clásico, como una suave y aristocrática guirnalda Luis XVI?..."

V

LA ERUDICION, SEGUN TELLO TELLEZ (1)

"No sé quién dijo que la erudición es una forma de la pereza: Evita, en efecto, la fatiga de pensar.

"Con un poco de método y de laboriosidad, se es erudito. Con un poco de cuidado, se es castizo. Lo que no se puede ser ni con laboriosidad ni con cuidado es lo que *Salamantica non prestat*: pensador.

"Una tendencia que ya va siendo vieja (porque ahora hasta las tendencias envejecen con suma facilidad) es la que consiste en sacrificarlo todo a la erudición.

"Se escribe un libro sobre cualquier cosa y es preciso haberse leído, para escribirlo, una biblioteca (o cuando menos medio Larousse, diez almanaques Hachette y diez diccionarios de esos prácticos y manuales de Armand Colin...).

"El público, en cambio, suele no leer el libro,

(1) Conste que yo pretendo ser un erudito en mis ratos perdidos... ¿Puede darse, por lo tanto, mayor imparcialidad que la mía al publicar esta especie de diatrivo de T. T. contra la erudición? Sea juez el lector. (Nota de A. N.)

porque con su seguro instinto, el público quiere, sobre todas las cosas, interesarse.

"Eternamente cierto es lo que fué evangelio de muchos hombres ingeniosos de la generación pasada: "El único género que debe evitarse es el género fastidioso". Lo esencial en un libro, sea científico o literario, es interesar. Si pretende enseñar algo, ha de cautivar primero la atención. Si no pretende enseñar, sino deleitar tan sólo... ¡claro que ha de cautivar también la atención! Esto, en absoluto, sobre todas las cosas.

"Preguntaron en una ocasión a Dumas hijo:

"—¿Cómo se las arregló vuestro padre para no escribir jamás una página fastidiosa?

Y respondió:

"—¡Porque una de las cosas que no sabía, era fastidiar!

"Imitemos a Dumas, cumpliendo el undécimo mandamiento...

"Es tarea decorosa citar cuanto se ha escrito con respecto a un asunto. ¡Pero es aún más decorosa tarea pensar algo propio acerca de él!

"Santa Teresa de Jesús (escribió en días pasados Armando Palacio Valdés) no tenía conocimiento del lenguaje, no había leído más que algunos libros piadosos y otros cuantos de caballería, y, sin embargo, es la mejor escritora de nuestra literatura.

"No es, pues, la erudición la que ha de avalorar nuestros libros. Pero tampoco el procedimiento.

"El procedimiento... ¡uf!" (esta interjección ¡uf! era peculiar de T. T.).

"Hay mucha gente que cree encontrar la originalidad en una fórmula, en una receta literaria.

"Debiera pensar esta gente, que, siguiendo el cauce sereno del propio temperamento, se encuentra siempre la originalidad.

"La sinceridad es la originalidad por excelencia, porque merced a ella nos parecemos siempre a nosotros mismos, que es a quien debemos parecernos, y pareciéndonos a nosotros mismos, seremos siempre varios en el estilo, ya que nos asomamos al espejo en que se copia todos los días análoga, pero todos los días distinta, la fisonomía de nuestra propia vida.

"¿Habéis visto mayor originalidad que la de la naturaleza?

"Contemplad un paisaje: el que sea más familiar para vosotros, aquel que veis todos los días desde vuestros balcones, y lo veréis a diario diferente. No sólo se diversificará según las estaciones, sino que será uno en la mañana y otro en la tarde, para ser otro bajo la blanda y misteriosa plata de la luna...

"¡Pero qué digo! Cambiará cada hora, cada minuto, cada segundo!

"Y, sin embargo, la perspectiva es fundamentalmente la misma.

"Yo recuerdo haber leído lo difícil que es dibujar los detalles lunares. A cada instante la luz

los transforma, variando su tonalidad de tan singular modo, que cansan y desesperan el pincel del astrónomo.

"Imitemos, por tanto, a la naturaleza, siendo como ella sinceros, como ella ingenuos, como ella movedizos y cambiantes.

"Huyamos del procedimiento.

"El procedimiento es el recurso de los que no tienen recurso mental ninguno. Merced a él, los que carecen de personalidad se embozan en la personalidad ajena; los que no tienen camino propio, van a la vera, al margen del amplio o estrecho camino de los demás.

"Los espíritus subalternos se enamoran del procedimiento. Es en general lo único que ven y lo único que los seduce. No advierten que quien lo usa posee una individualidad poderosa, de la que este procedimiento deriva, sin que él se dé cuenta. No se percatan de que ese procedimiento es eminentemente suyo: de que el traje ajeno que van a ponerse les vendrá muy largo...

"Más aún, de las modas literarias pillan sólo las aristas, los perfiles exagerados; llevan en sí un supremo don de caricatura. La casaca de Brummel se les vuelve un trapo ridículo...

"¿El remedio? Uno solo, ya lo dije: ¡Sinceridad!

"Tengamos el valor de nuestra pequeñez.

"*Mon verre est petit, mais je bois dans mon verre...*"—Amado Nervo. *Por la copia* Telio Téllez

II

ANTE LA CATÁSTROFE

"Dingo", el perro australiano de la novela de Octave Mirbeau, siente cierto desdén por su congénere de Europa el can doméstico, y una gran simpatía por el gato.

El perro es sentimental; tiene escrúpulos, y no se resuelve a matar porque sí, a saborear ese placer embriagador de la sangre.

En cambio, cierta gata, amiga de Dingo, lo acompaña a cazar y afila con él todas sus crueldades.

El perro está degenerado por la civilización, como ciertos hombres piadosos de ahora. El estado natural de la humanidad es la guerra, y una vez que usted tiene sobre la cabeza un kepí o un casco puntiagudo, puede perfectamente echar al cesto de los desperdicios todos esos conceptos huecos e inútiles de "derecho", "justicia", "propiedad", "respeto al sexo débil", etc., etc., etc.

Usted en su casa era un señor adornado de todas las virtudes domésticas. Burguesamente llegaba a la

hora del almuerzo con un paquetito de golosinas para mamá y los chicos; se indignaba usted si Pedrito tiraba de la cola a Bob y si Paquito pellizcaba a su hermano menor Luis. Les llevaba usted a los niños cuentos morales y procuraba que las niñas no fuesen al teatro sino los miércoles blancos. Se indignaba usted si en el cine "echaban" películas de detectives y criminales, porque eso sugiere malas ideas a la infancia.

Pero llegó la movilización; usted era movilizable; se plantó el uniforme y fué enviado a la línea de fuego.

Todos los aspectos legales y éticos han cambiado. Cuando usted y sus compañeros no tienen manera de tirotear al enemigo, desnudan mujeres y ríen de su sonrojo (claro que se trata de mujeres del otro bando); degüellan niños, apalean ancianos, roban cuanto encuentran al paso; incendian las pobres casas de los labriegos, destruyen ciudades, saquean bancos, fusilan a una infeliz porque pudiera ser espía, y todo esto ante la complaciente sonrisa de sus jefes.

Cuando acabe la campaña le darán a usted una medalla militar y le dispensarán otros honores; tornará usted a su casa rodeado de la admiración de sus prójimos y volverá usted a llevar los domingos paquetitos de golosinas a la señora, a los niños, y a comprar historietas instructivas y morales para estos últimos, cuidando de que no vean en el cine espectáculos de astucia o de violencia.

*
* *

¿Y por qué ha ido usted a la guerra? Usted mismo no lo sabe a punto fijo. Una camarilla política o militar se propone despojar a tal o cual país vecino, más débil, de cierta porción de su territorio, destruir su comercio, aniquilar su industria y obtener a título de indemnización algunos miles de millones de francos. Es un buen negocio. Para redondearlo se sacrificarán cien o doscientos mil hombres. Cien o doscientas mil mujeres quedarán en la miseria; muchas se prostituirán; muchas se suicidarán por haber llegado al último límite de la resistencia humana; infinitos niños morirán de raquitismo. Varios países se arruinarán definitivamente; otros serán víctimas de la peste y del hambre durante algunos años. Pero diez o doce políticos, diez o doce generales, cuatro o cinco *trusts* y dos o tres reyes realizarán una operación brillante. Por ellos, vosotros, sabios, artistas, industriales, agricultores, vais a luchar; por ellos habéis abandonado cuanto os era preciso en la vida: por ellos pasaréis torturadoras noches de inquietudes, lentos días de sol y de lluvia, y os extenderán después en una improvisada mesa de operaciones para mutilaros, si tenéis la suerte de volver al hogar inválidos o enfermos, ya habrán huído para siempre de él el bienestar y las sonrisas.

¿Conocéis siquiera al país al cual habéis combatido¿ ¡No! Acaso en él tenéis más bien uno o dos

amigos que han venido al vuestro, de excursión, y que de vez en cuando os escriben una postal cariñosa. Vosotros en el fondo no deseáis mal ninguno a ese país. Vosotros pensáis que la tierra es vasta; que en ella cabemos todos; que eso de las nacionalidades armadas en corso es una idea primitiva y bárbara; que sería mucho más lógico que todos los hombres nos uniéramos apretadamente contra las mil asechanzas de la naturaleza, de lo desconocido, del destino enigmático y enorme... Pero la camarilla de políticos o de militares no lo piensa aún. ¡Ay de vosotros si decís que vuestra conciencia os veda matar hermanos sólo porque hablan otro idioma o viven del otro lado del río!... Os arrimarán a una pared y os darán cuatro tiros por ideólogos y sentimentales...



¡Pintoresca humanidad!

Hace miles de años que ensuciamos pergaminos, papiros y papeles de todas clases con lucubraciones sobre derecho, libertad, altruísmo, solidaridad... ¡qué sé yo! y cualquier principillo casi analfabeto y cualquier politicastro ignorante y verboso, se encaraman sobre todos los sabios, sobre todos los pensadores, sobre todos los artistas; les dan un fusil y lo mandan a morir para que cuajen algunos grandes negocios y se llenen algunas arcas...

Un hombre, investido por la idiotez humana de poderes formidables, puede, con una declaración de guerra, lanzar cincuenta millones de seres al exterminio. Y lo verdaderamente curioso es que, más tarde, si ha triunfado, las víctimas (los mancos, los cojos, los tuertos, los enfermos, las viudas, los huérfanos), lo aclaman y, si a mano viene, tiran de su carroza resplandeciente...

Cuando se piensa en estas cosas, un desconcierto tal se apodera del alma, que a veces se nos ocurre una atrocidad: la de que la INTELIGENCIA (así, con mayúsculas) no es, acaso, sino una enfermedad. Si hay un sér o unos seres superiores a nosotros, en lo invisible, no deben ser inteligencias; deben ser algo así como LEYES, armonías sin pensamiento, ritmos sin yo consciente...

¿Que la inteligencia es bella a veces? Sí: lo es como la perla, que no por eso deja de constituir un quiste de la ostra...

El instinto sin ninguna inteligencia sigue su camino misterioso. La inteligencia ayudando al instinto lo deforma, lo desorienta, lo pervierte. El hombre no es más que un instinto adulterado por la inteligencia, y ésta una anormalidad que debe transformarse más tarde en fuerza, en una índole de fuerza especial que el universo necesita. En su estado actual de "ninfa", en este período evolutivo, tiene sólo monstruosidades de feto. De allí que todo lo que emana de ella sea verdad aquí y allá; de allí lo inconcebible de las teorías, que se suce-

den sin interrupción en el mundo; de allí la imposibilidad de lograr otra cosa que una serie de hipótesis, que el mañana sustituye... (1). De allí, por último, la eterna lucha entre el cerebro y el corazón de los hombres.

Esto supuesto, ya nos explicamos las antinomias de la civilización y nos sorprende menos que los pueblos a medida que se civilizan, es decir, a medida que se enferman, cometan más atrocidades y que una guerra actual supere en horrores y en crueldades a todas las invasiones de los bárbaros.

¡La inteligencia! Ella ha creado los valores; ella ha inventado el crédito; de ella son las ideas de los *trusts* sin misericordia; ella ha esclavizado al hombre, haciendo de él menos que la tuerca de una máquina; ella nos ha dado todas esas inútiles teorías que llenan de petulancia a los sabios y que a cada momento hay que sustituir por otras; ella ha complicado la vida encendiendo deseos nocivos, creando hábitos inútiles, para enriquecer a los llamados listos. Ella calumnia a lo inefable, a lo desconocido, atribuyéndole cualidades humanas; ordenando rogativas en los templos protestantes, católicos y griegos, en cada una de las cuales se conmina a Dios para que ayude a los unos a destruir a los otros; ella es la que en vez de compadecerse, filosofa; en vez de socorrer, teoriza; ella, por fin,

(1) La historia de una civilización—dice un pensador—no es más que la historia de sus hipótesis.

la que después de haber quitado al pobre hasta el derecho de calentarse al sol, ha segado en su alma la última ilusión de un más allá de libertad, de sosiego, de paz...

Pero no la maldigamos: está, como he dicho, en un período de evolución antipática, en que lo único que acierta a hacer es hinchar de petulancia a los vacuos e inútiles doctores. Al andar de los siglos ya veréis cómo se va transformando en fuerza, en la fuerza por excelencia del Universo. Ya veréis cómo la inteligencia se habrá transmutado en amor...

*
* *

Uno de los signos de esa transmutación admirable, imperfecta aún, con bases egoístas si se quiere, pero anunciador de la futura comunión espiritual de los hombres, es la solidaridad ante las catástrofes. Mil seiscientos millones de habitantes de nuestro planeta constituyen un solo organismo, que se estremece en toda su vastedad formidable al menor choque producido en no importa qué sitio recóndito. La desgracia de un país, merced a esta repercusión temblorosa, es la desgracia del mundo. No hay nación que padezca sin que padezca todo el género humano, y hasta el más egoísta de los seres tiene por fuerza que sufrir en las grandes conflagraciones, siquiera sea en virtud de las consecuencias financieras de las catástrofes.

Es en vano que pretendáis encogeros de hombros

ante una guerra europea, pensando que estáis en América a muchos miles de kilómetros de la escena de sangre: el azoramiento y la cobardía del dinero, os alcanzarán en el más lejano refugio. Los ahogos económicos que produzca el conflicto, serán mundiales, y un modesto empleado que trabaje en una ciudad de tercer orden de la República Argentina, ganará menos cada mes, porque algunas potencias lejanas ensayan el alcance de sus cañones.

—¡Ya verán ustedes—decía sentenciosamente el borrachín del cuento,—cómo todo esto va a parar en que sube el precio del vino!

Y en esta frase, de una filosofía casera y peregrina, está condensada la solidaridad financiera del planeta.

¿Quejarnos de ella? Muy al contrario, puesto que es, como dije arriba el anuncio de una transmutación admirable. Regocijarnos, sí; porque ya ningún hombre está aislado; porque la vida moderna nos fuerza a ser lo que el Genio de la Especie quiere que seamos: un solo organismo, el "Organismo humano", compuesto por ahora de mil seiscientos millones de individuos-células, relativamente autónomos y con una sola alma, el alma planetaria, que dirige el conjunto hacia fines desconocidos, pero sin duda altísimos. La conciencia individual no es más que el destello de la "Gran Conciencia" del Planeta, y cada sufrimiento y cada ensayo y cada aprendizaje, aumenta esta "Con-

ciencia'' misteriosa y enorme. En el gran organismo humano, como en el de nuestro cuerpo, mueren y nacen diariamente innumerables células, pero cada una de las que ha muerto dejó ya su porción de conocimiento adquirido a la ''Gran Conciencia'', y cada una de las que nace viene a trabajar para que aquélla sea más lúcida y comprensiva!

Si en otros planetas hay humanidades, la conciencia del nuestro se unirá un día (supuesto que no lo esté ya) a las conciencias de los otros para formar la conciencia del universo, que marcha hacia una comprensión cada días más clara y perfecta de sí mismo.

¡Cómo no amarnos, pues, los unos a los otros! ¡Cómo no sentir una alegría nobilísima por todos los triunfos de los hombres y un gran dolor por sus derrotas!

No; ya ninguna patria está sola; ya todas las tierras son nuestra patria; ya no puede perecer una nación sin que todas las naciones se estremezcan de angustia. La humanidad, después de milenarios de semiconsciencia, entra en un período activo de autoidentificación; el gran organismo empieza a darse cuenta de que ha vivido bajo el imperio de un miraje, el miraje de las personalidades diversas; no de otra suerte que cada una de las células de nuestro cuerpo pudiera creerse un individuo completo, o que cada dedo de nuestra mano pretendiese tener un personal destino...

Amarnos, por lo tanto, los unos a los otros, ya no será en un próximo futuro sino la mejor forma de amarse cada uno a sí mismo, y día llegará en que más que todos nuestros dolores personales nos atormente el mal—por mínimo que sea,—que hayamos podido hacer a los otros hombres, el daño que hayamos podido causar a la colectividad, a la patria, al planeta, al Universo.

III

UN CUENTO

Cuando comprendí que era indispensable escribir un cuento, que me había comprometido solemnemente con el editor, al cual debía muchos favores y que de fijo no me perdonaría ni en esta vida ni en la otra mi falta de formalidad, púseme angustiadísimo. Yo soy el hombre de menos imaginación que hay en el mundo, y, naturalmente, la simple aprensión de escribir algo, por un fenómeno nervioso muy común, había acabado con todas mis ideas, como si se las hubiese tragado la tierra.

—¿En dónde están mis ideas?—me preguntaba yo, como el infortunado y gran Maupassant, y mis ideas no aparecían por parte alguna.

Es cierto que para escribir un cuento suele no necesitarse de la imaginación: se ve correr la vida, se sorprende una escena, un rasgo; se toman de ahí los elementos reales y palpitantes que ofrecen los seres y las cosas que pasan, y ya se tiene lo esencial. Lo demás es cosa de poquísimo asun-

to: coordinar aquellos datos y ensamblar con ell
una historia; algo que tal vez en aquel instan
no existe, pero que es posible y ha existido s
duda. Hacer que cada uno de los personajes viv
respire, ande, que la sangre corra por sus vena
que, por último, haga exclamar a todos los qu
vean en las páginas del libro: "¡Pero sí yo cono
co a esta gente!"

* * *

¡Muy bien! Por receta no quedaba... Pero es
caso que esas escenas, esos rasgos, esa vida que p
sa, entonces no me decían nada· Todo lo exteri
parecíame inexpresivo, inadecuado, sin brillo... Y
además, yo no tenía en mí mismo el poder de asi
lo, de comprenderlo... Pasaban ante mí todas la
escenas del mundo externo, como si yo fuera u
espejo, un espejo con vislumbres de crítico, pe
sin la menor aptitud para retener aquello...

Tan dolorosa condición amenazaba prolongar
indefinidamente, y, convencido al fin de que t
dos mis esfuerzos eran vanos, resolví recurrir
Ovidio Valenzuela en demanda de un argument

* * *

Ovidio Valenzuela, mi compañero de colegio, s
distinguía especialmente por una imaginación fe
tilísima en inventiva.

Naturalmente, esta cualidad habíalo hecho me

tiroso, y mentía más que el protagonista de "La verdad sospechosa" de nuestro Alarcón; pero mentía con buena memoria, cualidad rara en el mentiroso, y era difícil, casi imposible, argüirlo de falsedad, hacerlo "quedar mal".

En el colegio habíamosle bautizado con el alias de "la nodriza", porque era el cuentista obligado de nuestras lentas noches de invierno. Terminada la comida, a las siete de la noche, se nos dejaba en libertad hasta las nueve, aunque directamente vigilados por los prefectos. Algunos de los compañeros jugaban, otros dormitaban, éste o aquel leía. Los más nos reuníamos (y aconteció por espacio de cerca de dos años) en rededor de Valenzuela; el cual, "sin repetirse" una sola vez, nos refería noche a noche uno o dos cuentos. Al principio, en nuestra ingenuidad, creímos lo que él nos decía con sonrisilla maliciosa:

"Tengo un libro que a nadie se lo enseño, en el que aprendo todas mis historias" (y nos describía sus maravillosas estampas iluminadas). Pero acabamos por convencernos de que el libro en cuestión era el de su fantasía de catorce años, por cuyas páginas innumerables, envueltos en una gloria de colores, pasaban emperadores y reyes, príncipes e infantes, ogros y gnomos, elefantes cargados de torres, galeras de plata tiradas por cisnes, unicornios con cuerno de oro, gitanos, juglares, perillanes, bandidos con chambergos ornados de plumas, brujas esqueletosas de nariz enorme, sierpes,

dragones, nahuales, mágicos prodigiosos y muro
almenados, y puentes levadizos y atalayas, y bar
bacanas, y fosos, y bastiones, y varitas de virtu
hechas de marfil, cristal y ébano, ungüentos re
sucitamuertos, y polvos de la Madre Celestina..
y...

Con la edad, la imaginación de Valenzuela ha
bía "cambiado de estilo", si vale la frase; sus in
ventos eran de una extravagancia menos colorida
menos de relumbrón, pero no por eso menos domi
nadora y peregrina. Desentrañaba en sus asunto
problemillas psicológicos, y la originalidad er
frecuente en ellos, si no constante, porque ¡ay
fuerza es repetir el clisé, "no hay nada nuevo ba
jo el sol...". Ovidio observaba, cuando llegué
su casa, en un microscopio, no sé qué microor
ganismo. He de advertir a ustedes que así com
el estilo es el hombre, la pieza en que me recibi
Valenzuela era la mejor caricatura de Valenzuel
mismo.

Junto al barómetro aneroide unas castañuelas
al lado de un libro de versos un sextante con lo
reflectores rotos; un teodolito codeándose con uno
cuernos de ciervo; un telescopio asomando su oj
inmóvil entre unas draperías turcas de color des
vaído, pegadas a las cuales con alfileres, gesticu
laban tres o cuatro muñecas japonesas; un bibe
lot de marfil dentro de la campana de una má
quina neumática; un estuche de pirograbar sobr
el atril del piano; etc., etc.

—Mi querido Ovidio—le dije—estoy en grave apuro—y le referí cuál era—necesito que me des un bonito argumento para una historia.

—Nada más fácil—respondió Ovidio.—Siéntate; voy a preparar el café y en seguida te referiré varios argumentos de diversos géneros: tú ''escogerás''. Sabes que estoy pensando en abrir un expendio de argumentos al por menor. Pondré un gran letrero que diga: ''Argumentos para novelistas sin inventiva; asuntos para editorialistas sin imaginación...'' ¿Qué opinas?

La cafetera estaba en un estante, entre una ''Astronomía Popular'' de Flammarion, ''coronada por la Academia Francesa'', y un tratado de ajedrez de don Andrés Clemente Vázquez. La tomó y fué a recoger la lámpara de alcohol que estaba sobre un devocionario viejo; el café en polvo, de una vitrina donde había un loro disecado. Preparó el café con toda parsimonia, me alargó una taza, encendió un cigarro, y acomodándose en la postura más cómoda posible, empezó así:

—Voy a referirte un argumento desde luego, del género romántico-cursilón; pero que no deja de tener su ''veneno''.

Condensaré:

Una mujer, bella y joven aún, abandonada por su marido y con su hijita enferma y hambrienta, resuelve en último término pedir limosna; pero nadie le da. Desesperada, viendo que su hija ago-

niza sin una medicina, sin un alimento, resuelve robar.

Cuando sale de ahí, ella se aleja roja de vergüenza; pero radiante al propio tiempo: ha robado un peso, ¡un peso!: ya tiene pan y medicinas para su hija. Llega a la primera tienda abierta, pide algo: arroja el peso sobre el mostrador... el español lo recibe, lo observa, coge el hacha del azúcar y lo parte en dos. Era de plomo.

Valenzuela sirvió un poco de café, miróme de soslayo con una miradita ambigua, y continuó así:

—Ahí va el segundo; éste es de otro género: mucha psicología y poca acción:

Un poeta latinoamericano, después de lentas noches de esfuerzo, ha compuesto un poema, un bello, un nobilísimo poema, en el cual ha vaciado todas sus celdillas y cuya originalidad le parece incuestionable. Se llama "El poema de oro". Canta en maravillosos alejandrinos al oro, rey del universo. Pero no al oro maléfico solamente, no dentro de la vieja concepción aquella de que el oro hace abdicar a todas las conciencias, abre todas las alcobas, arma de puñales todas las manos, vuelve al hijo contra el padre y al hermano contra el hermano, etc., sino al oro benéfico; al oro génesis de hechos grandes; al oro que cae como lluvia de luz en el cuchitril en que la mujer agoniza, el marido blasfema, el niño llora de hambre, y cambia la agonía en salud, la blasfemia en plegaria, el hambre en risa; al oro que da al inventor los medios de

sorprender los secretos de la naturaleza; que en forma de premio Nobel, por ejemplo, estimula todas las grandes actividades intelectuales, provee de recursos a los esposos Curie para continuar sus costosas investigaciones sobre el radium y recompensa a Henry Dunan su santa idea de la Cruz Roja; que funda escuelas, hospitales, bibliotecas; que lleva por doquiera la actividad y el progreso; que levanta ciudades ahí donde sólo se extendían las arenas movedizas del desierto; al oro, en fin, que ha hecho la suavidad de la seda, la flor de luz de los diamantes, sin el cual las artes no embellecerían la vida, sin el cual ni pensarían los sabios ni cantarían los poetas...

Cuando el autor acababa de corregir su poema que, en honor de la verdad, era de una incomparable belleza, un día, al abrir al azar una importante revista de París, se encontró, calzado por una firma célebre, un poema igual al suyo: "La canción del oro". La misma idea, multitud de apóstrofes, de enumeraciones, de imágenes análogas... hasta el mismo metro...

El, pues, el desconocido muchacho de América, al publicar su poema, resultaba plagiario. Nadie creería la verdad... Cogió con rabia el manuscrito y lo arrojó al fuego...

Y Valenzuela, al decir esto, poseído de su argumento, arrojó a su vez la colilal de su cigarro dentro de un almirez cercano.

Hizo una pausa, aspiró una buena ración de aire, estiró los pies, bostezó y siguió así:

—Había un hombre víctima de la enfermedad más extraña de la tierra: todo sonido o ruido exterior vibraba horriblemente en su cerebro, al grado de que los médicos le pronosticaron la muerte irremediable... y repentina. Bastaría un "tutti" de banda de música, un disparo de revólver, un repique a vuelo, para matarlo instantáneamente. Desahuciado en Méjico, fuese a Europa y vió a los principales "especialistas", sin resultado, hasta que uno de ellos, creo en Berlín, le aconsejó un casco de cierta substancia especial, aisladora, el cual amortiguaba las vibraciones exteriores a un grado tal, que nuestro enfermo el mismo día que se le aplicó se sintió aliviadísimo; tanto que hasta pudo ir al teatro Imperial de la Opera. Ahí se cantaba no sé cuál de las piezas de la tetralogía de Wagner... Oía nuestro hombre embelesado aquella maravilla, cuando en un "tutti" en que vibraban todos los latones con resonancias divinas, estalló el casco, y el enfermo se desplomó como herido de rayo...

Valenzuela encendió otro cigarro, se acomodó mejor en su silla, y agregó:

—Pero voy a referirte algo más peregrino:

Existía un infeliz que, a consecuencia de un desengaño amoroso, empezó a sufrir ataques de catalepsia. La menor contrariedad hacíale caer rígido, inmóvil..., y era en vano todo recurso. Había

que esperar a veces hasta tres o cuatro días para que volviese a la vida normal. En repetidas ocasiones estuvo a punto de ser desgarrado en un anfiteatro o, lo que es peor, enterrado vivo, y su médico, viendo esto, le aconsejó un expediente tan ingenioso como original: "Tatúese usted en el pecho, con letras demasiado visibles, estas palabras: "Soy cataléptico, favor de no hacerme la autopsia ni enterrarme". Así lo hizo nuestro hombre, y no parece sino que la tranquilidad de ánimo que le dió este recurso acabó por curarle, pues los ataques se le retiraron por completo. Envalentonado con tal éxito, resolvió hacer un viaje de recreo. Ahí le aguardaba la mala ventura... porque el tren descarriló y nuestro hombre, de susto, cayó en catalepsia. Lleváronle a un hospital, ya tarde. El médico le declaró bien muerto, y el infeliz, cuyo cuerpo nadie reclamaba, pasó al anfiteatro, donde, a la noche siguiente, un estudiante aplicado que aprovechaba bien su tiempo, le hundió el escalpelo... El "muerto" dió un grito, se enderezó, increpó al estudiante, diciéndole: "¿No ve usted el letrero que tengo tatuado en el pecho... animal?"

Y expiró.

El estudiante acercó su linterna y entre el pelo bravío y abundante del pecho, leyó:

"Soy cataléptico: favor...", etc.

—¡Haberlo sabido antes!...—murmuró, y siguió destrozando el cadáver...

Empezaba yo a dar signos de impaciencia, y advirtiéndolo Valenzuela, insinuó amablemente:

—Pero voy a contarte un asunto que te agradará sin duda: cuestión de un instante, ¡ya verás!: Has de saber que a un amigo mío le dió hace tiempo por experimentar su fuerza psíquica, sus fluidos, su "od" o como se llame a eso; empezó por ejercitar la acción de su voluntad a distancia, y produjo la hipnosis a innumerables gentes, más aún, a innumerables animales. Dormía vacas, toros, perros, asnos... y un día, no contento con esto, quiso proyectar su voluntad, ya no sobre los seres animados, sino sobre las cosas inanimadas; el experimento capital que quiso llevar a cabo... fué... ¿a qué no lo adivinas?

—No—contesté secamente.

—Fué apagar una vela... no con el soplo, naturalmente, sino con la voluntad.

—¡Vela apágate!

Encendía noche a noche la vela, colocábala sobre una mesa. Sentábase a cierta distancia y formulaba interiormente, con la mayor energía de que era capaz, esta orden:

¡Pero ni por esas! La vela continuaba ardiendo como si tal cosa; no sólo eso, sino que allá para su alma negra de pabilo, alrededor de la cual danzaba como un puñal misterioso su flama, parecía decir:

—Sabio estúpido... vas a ver...

—Apágate, vela. Apágate, vela... seguía diciendo el sabio—hasta que una noche...

—¿Qué sucedió? — exclamé malhumorado. —¿Apagó el sabio la vela?

—No...—respondió Ovidio tranquilamente. —La vela apagó al sabio...

—¡Cómo!

—Sí; éste, a fuerza de mirarla con fijeza, se hipnotizó, quedándose profundamente dormido...

Tomó Valenzuela el último sorbo de café, se rascó la cabeza con un movimiento nervioso, que le era peculiar, y añadió:

—Pero ¡qué diablo! no te he referido lo mejor.

—No, Ovidio—le dije levantándome—no me refieras ya nada. Decididamente hoy tus argumentos me disgustan.

Y haciendo una profunda reverencia, salí de la pieza...

UNA ESPERANZA

I

En un ángulo de la pieza, habilitada de capilla, Luis, el joven militar, abrumado por todo el peso de su mala fortuna, pensaba.

Pensaba en los viejos días de su niñez, pródiga en goces y rodeada de mimos, en la amplia y tranquila casa paterna, uno de esos caserones de provincia, sólidos, vastos, con jardín, huerta y establos, con espaciosos corredores, con grandes ventanas que abrían sobre la solitaria calle de una ciudad de segundo orden (no lejos, por cierto, de aquella en que él iba a morir) sus rectángulos cubiertos por encorvadas y potentes rejas, en las cuales lucía discretamente la gracia viril de los rosetones de hierro forjado.

Recordaba su adolescencia, sus primeros ensueños, vagos como la luz de las estrellas, sus amores (cristalinos, misteriosos, asustadizos como un cervatillo en la montaña y más pensados que dichos), con la güerita de enagua corta, que apenas deletreaba los libros y la vida...

Luego desarrollábase ante sus ojos el claro paisaje de su juventud fogosa, sus camaradas alegres y sus relaciones, ya serias, con la rubia de marras, vuelta mujer y que ahora, porque él volviese con bien, rezaba ¡ay! en vano, en vano...

Y, por último, llegaba a la época más reciente de su vida, al período de entusiasmo patriótico, que le hizo afiliarse al partido liberal amenazado de muerte por la reacción, a la cual ayudaba en esta vez un poder extranjero, y tornaba a ver el momento en que un maldito azar de la guerra, después de varias escaramuzas, le había llevado a aquel espantoso trance.

Cogido con las armas en la mano, hecho prisionero y ofrecido con otros compañeros a trueque de las vidas de algunos oficiales reaccionarios, había visto desvanecerse su última esperanza, en virtud de que la proposición de canje llegó tarde, cuando los liberales, sus correligionarios, habían fusilado ya a los prisioneros conservadores.

Iba, pues, a morir. Esta idea, que había salido por un instante de la zona de su pensamiento, gracias a la excursión amable por los sonrientes recuerdos de la niñez y de la juventud, volvía de pronto, con todo su horror, estremeciéndole de pies a cabeza.

Iba a morir... ¡a morir! No podía creerlo, y, sin embargo, la verdad tremenda se imponía: bastaba mirar en rededor: aquel altar improvisado, aquel Cristo viejo y gesticulante sobre cuyo cuer-

po esqueletoso caía móvil y siniestra la luz amarillenta de las velas, y, ahí cerca, visibles a través de la rejilla de la puerta, los centinelas de vista... Iba a morir, así, fuerte, joven, rico, amado. ¡Y todo por qué! por una abstracta noción de Patria y de partido... ¿Y qué cosa era la Patria?... Algo muy impreciso, muy vago para él en aquellos momentos de turbación, en tanto que la vida, la vida que iba a perder, era algo real, realísimo, concreto, definido... ¡era su vida!

—¡La Patria! ¡morir por la Patria!—pensaba. —Pero es que ésta en su augusta y divina inconsciencia, no sabrá siquiera que he muerto por ella...

—"¡Y qué importa, si tú lo sabes!"—le replicaba allá dentro un subconsciente misterioso.— "La Patria lo sabrá por tu propio conocimiento, por tu pensamiento propio, que es un pedazo de su pensamiento y de su conciencia colectiva: Eso basta..."

No, no bastaba eso.... y, sobre todo, no quería morir, su vida era "muy suya" y no se resignaba a que se la quitaran. Un formidable instinto de conservación se sublevaba en todo su sér y ascendía incontenible, torturador y lleno de protestas.

A veces, la fatiga de las prolongadas vigilias interiores la intensidad de aquella sorda fermentación de su pensamiento, el exceso mismo de la pena, le abrumaban y dormitaba un poco; pero entonces, su despertar brusco y la inmediata, clarísima y repentina noción de su fin, un punto per-

dida, eran un tormento inefable, y él cuitado, con las manos sobre el rostro, sollozaba con un sollozo que llegando al oído de los centinelas, hacíales asomar por la rejilla sus caras atezadas, en las que se leía la secular indiferencia del indio.

II

Se oyó en la puerta un breve cuchicheo y en seguida ésta se abrió dulcemente para dar entrada a un sombrío personaje, cuyas ropas se diluyeron casi en el negro de la noche, que vencía las últimas claridades crepusculares.

Era un sacerdote.

El joven militar, apenas lo vió, se puso en pie y extendió hacia él los brazos como para detenerlo, exclamando:

—¡Es inútil, padre; no quiero confesarme!

Y sin aguardar a que la sombra aquella respondiera, continuó con exaltación creciente:

—No, no me confieso; es inútil que venga usted a molestarme. ¿Sabe usted lo que quiero? Quiero la vida, que no me quiten la vida: es mía, muy mía y no tienen derecho a arrebatármela... Sí son cristianos, ¿por qué me matan? En vez de enviarle a usted a que me abra las puertas de la vida eterna, que empiecen por no cerrarme las de ésta... No quiero morir, ¿entiende usted? me rebelo a morir: soy joven, estoy sano, soy rico, tengo

padres y novia que me adoran; la vida es bella, muy bella para mí... Morir en el campo de batalla, en medio del estruendo del combate, al lado de los compañeros que luchan, enardecida la sangre por el sonido del clarín... ¡bueno, bueno! Pero morir obscura y tristemente, pegado a la barda mohosa de una huerta, en el rincón de una sucia plazuela, a las primeras luces del alba, sin que nadie sepa siquiera que ha muerto uno como los hombres... ¡padre, padre, eso es horrible!

Y el infeliz se echó al suelo, sollozando.

—Hijo mío—dijo el sacerdote cuando comprendió que podía ser oído—yo no vengo a traerle a usted los consuelos de la religión; en esta vez soy emisario de los hombres y no de Dios, y si usted me hubiese oído con calma desde un principio, hubiera evitado esa exacerbación de pena que le hace sollozar de tal manera. Yo vengo a traerle justamente la vida, ¿entiende usted? esa vida que usted pedía hace un instante con tales extremos de angustia... ¡la vida que es para usted tan preciosa! Oigame con atención, procurando dominar sus nervios y sus emociones, porque no tenemos tiempo que perder; he entrado con el pretexto de confesar a usted y es preciso que todos crean que usted se confiesa: arrodíllese, pues, y escúcheme. Tiene usted amigos poderosos que se interesan por su suerte; su familia ha hecho hasta lo imposible por salvarlo, y no pudiendo obtenerse del Jefe de las Armas la gracia de usted, se ha logrado con

graves dificultades e incontables riesgos sobornar al jefe del pelotón encargado de fusilarle. Los fusiles estarán cargados sólo con pólvora y taco; al oir el disparo, usted caerá como los otros, los que con usted serán llevados al patíbulo, y permanecerá inmóvil. La obscuridad de la hora le ayudará a representar esta comedia. Manos piadosas—las de los Hermanos de la Misericordia, ya de acuerdo —le recogerán a usted del sitio en cuanto el pelotón se aleje, y le ocultarán hasta llegada la noche, durante la cual sus amigos facilitarán su huída. Las tropas liberales avanzan sobre la ciudad, a la que pondrán sin duda cerco dentro de breves horas. Se unirá usted a ellas si gusta. Conque... ya lo sabe usted todo: ahora rece en voz alta el "Yo pecador", mientras pronuncio la fórmula de la absolución y procure dominar su júbilo durante el tiempo que falta para la ejecución, a fin de que nadie sospeche la verdad.

—Padre—murmuró el oficial, a quien la invasión de una alegría loca permitía apenas el uso de la palabra—¡que Dios lo bendiga!

Y luego, presa súbitamente de una duda terrible:

—Pero... ¿todo esto es verdad?—añadió temblando.—¿No se trata de un engaño piadoso, destinado a endulzar mis últimas horas? ¡Oh, eso será inicuo, padre!

—Hijo mío: un engaño de tal naturaleza cons-

tituiría la mayor de las infamias, y yo soy incapaz de cometerla...

—Es cierto, padre; ¡perdóneme, no sé lo que digo, estoy loco de contento!

—Calma, hijo, mucha calma y hasta mañana; yo estaré con usted en el momento solemne.

III

Apuntaba apenas el alba, un alba desteñida y friolenta de febrero, cuando los presos—cinco por todos—que debían ser ejecutados, fueron sacados de la prisión y conducidos, en compañía del sacerdote, que rezaba con ellos, a una plazuela terregosa y triste limitada por bardas semiderruídas y donde era costumbre llevar a cabo las ejecuciones.

Nuestro Luis marchaba entre todos con paso firme, con erguida frente; pero llena el alma de una emoción desconocida y de un deseo infinito de que acabase pronto aquella horrible farsa.

Al llegar a la plazuela, los cinco reos fueron colocados en fila, a cierta distancia, y la tropa que los escoltaba, a la voz de mando, se dividió en cinco grupos de a siete hombres, según previa distribución hecha en el cuartel.

El coronel del cuerpo, que asistía a la ejecución, indicó al sacerdote que vendara a los reos y se alejase luego a cierta distancia.

Así lo hizo el padre, y el jefe del pelotón dió las órdenes con voz seca y perentoria.

La leve sangre de la aurora empezaba a teñir con desmayo melancólico las nubecillas del Oriente y estremecían el silencio de la madrugada los primeros toques de una campanita cercana que llamaba a misa.

De pronto una espada rubricó el aire, una detonación formidable y desigual llenó de ecos la plazuela, y los cinco cayeron trágicamente en medio de la penumbra semisonrosada del amanecer.

El jefe del pelotón hizo en seguida desfilar a sus hombres con la cara vuelta hacia los ajusticiados, y con breves órdenes organizó el regreso al cuartel, mientras que los Hermanos de la Misericordia se apercibían a recoger los cadáveres.

En aquel momento, un granuja de los muchos mañaneadores que asistían a la ejecución, gritó con voz destemplada, señalando a Luis, que yacía cuan largo era al pie del muro:

—¡Ese está vivo! ¡ese está vivo! Ha movido una pierna...

El jefe del pelotón se detuvo, vaciló un instante, quiso decir algo al pillete; pero sus ojos se encontraron con la mirada interrogadora, fría e imperiosa del coronel, y desnudando la gran pistola de Colt que llevaba ceñida, avanzó hacia Luis, que, presa del terror más espantoso, casi no respiraba, apoyó el cañón en su sien izquierda e hizo fuego.

EL MIEDO A LA MUERTE

"No podría yo decir cuándo experimenté la primer manifestación de este miedo, de este horror, debiera decir, a la muerte, que me tiene sin vida. Tal pánico debe arrancar de los primeros años de mi niñez, o nació acaso conmigo, para no dejarme jamás. Sólo recuerdo, sí, una de las veces en que se revolvió en mi espíritu con más fuerza. Fué con motivo del fallecimiento del cura de mi pueblo, que produjo una emoción muy dolorosa en todo el vecindario. Tendiénronle en la parroquia, revestido de sus sagradas vestiduras, y teniendo entre manos, enclavijadas sobre el pecho, el cáliz donde consagró tantas veces. Mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí a verle, y aquella noche no pegué los ojos un instante. La espantosa ley que pesa con garra de plomo sobre la humanidad, la odiosa e inexorable ley de la muerte, se me revelaba produciéndome palpitaciones y sudores helados.

—"¡Mamá, tengo miedo!"—gritaba a cada momento, y fué en vano que mi madre velara a mi lado; entre su cariño y yo estaba el pavor, esta-

ba el fantasma, estaba "aquello" indefinible, que ya no había de desligarse de mí...

Más tarde murió en mi casa una tía mia, después de cuarenta horas de una agonía que erizaba los cabellos. Murió de una enfermedad del corazón y fué preciso que la implacable "Vieja" que nos ha de llevar a todos, la dominara por completo... No quería morir; se rebelaba con energías supremas contra la ley común... "No me dejen morir—clamaba—; no quiero morirme..."

"Y la asquerosa Muerte estranguló en su garganta uno de esos gritos de protesta.

"Después, cada muerto me dejó la angustia de su partida, de tal suerte, que pudo decirse que mi alma qudó impregnada de todas las angustias de todos los muertos; que ellos, al irse, me legaban esa espantosa herencia de miedo... En el colegio, donde anualmente los padres jesuítas nos daban algunos días de ejercicios espirituales, mi pavor, durante los frecuentes sermones sobre "el fin del hombre", llegó a lo inefable de la pena. Salía yo de esas pláticas macabras (en las cuales con un no envidiable lujo de detalles se nos pintaban las escenas de la última enfermedad, del último trance, de la desintegración de nuestro cuerpo), salía yo, digo, presa del pánico, y mis noches eran tormentosas hasta el martirio.

"Recordaba con frecuencia los conocidos versos de Santa Teresa:

"¡Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero!"

y envidiaba rabiosamente a aquella mujer que amó de tal manera la muerte y la ansió de tal manera, que pasó su vida esperándola como una novia a su prometido...

"Yo, en cambio, a cada paso temblaba y me estremecía (tiemblo y me estremezco) a su solo pensamiento.

"Murió de ahí a poco en mis brazos un hermano mío, a los diez y ocho años de edad, fuerte, bello, inteligente, generoso, amado... y murió con la serenidad de una hermosa tarde de mis trópicos.

"—Siempre temí la muerte—me decía—á mas ahora que se acerca, ya no la temo: su proximidad misma parece que me la ha empequeñecido... No es tan malo morir... ¡Casi diría que es bueno!"

"Y envidié rabiosamente también a mi hermano, que se iba así, con la frente sin sombras y la tranquila mirada puesta en el crepúsculo, que se desvanecía como él...

"Mi lectura predilecta era la que refiere los últimos instantes de los hombres célebres. Leía yo y releía, analizaba y tornaba a analizar sus palabras postreras, para ver si encontraba escondido en ellas el miedo, "mi miedo", el implacable miedo que me come el alma...

"Now I must sleep"—decía Byron, y había en estas palabras cierta noble y tranquila resignación que me placía.

—"Dejar todas estas bellas cosas..."—clamaba Mazarino acariciando en su agonía con la mirada los primores de arte que llenaban su habitación, y este grito de pena no me desconcertaba, porque yo a la muerte no le he temido jamás porque me quita lo que es mío... El amor a las cosas es demasiado miserable para atormentarme.

"¡Todo lo que poseo por un momento de vida!" —gemía, agonizante, Isabel de Inglaterra, y este gemido me congelaba el ánima.

"¡Vaya una cuenta que vamos a dar a Dios de nuestro reinado!" — murmuraba Felipe III de España, y estas palabras me acobardaban más de la medida.

"¡Ah! ¡Cuanto mal he hecho!" — sollozaba Carlos IX de Francia, recordando la Saint Barthelemy, y este sollozo me pavoriza el corazón.

Las palabras de Alfonso XII: "¡Qué conflicto! ¡qué conflicto!" — me aterrorizaban hasta lo absurdo.

"Y a medida que iba creciendo, este miedo a la muerte adquiría (y sigue adquiriendo) proporciones fuera de toda ponderación. Es raro, por ejemplo, que se pase una noche sin que yo me despierte, súbitamente, bañadas las sienes en sudor y atenaceado, así de pronto, por el pensamiento de mi

fin, que se me clava en el alma como una puñalada invisible.

"¡Yo he de morir — me digo—, yo he de morir!" Y experimento entonces con una vivacidad espantosa toda la realidad que hay en estas palabras.

*
* *

"¡Morir! ¡ah, Dios mío! Los animales, cuando sienten que se aproxima su término, van a tumbarse en un rincón, tranquilos y resignados y expiran sin una queja, en una divina inconsciencia, en una santa y piadosa inconsciencia devolviendo al gran laboratorio de la naturaleza la misteriosa porcioncita de su alma colectiva! Las flores se pliegan silenciosas y se marchitan sin advertirlo (¡o quién sabe!) y sin angustia alguna (¡o quién sabe!). Todos los seres mueren sin pena... menos el hombre.

"Ninguno de los animales sabe que ha de morir y vive cada uno su furtiva existencia en paz... Sólo el hombre va perseguido por los fantasmas de la muerte, como Orestes por su séquito de Euménides... ¡horror! ¡horror!

"Dos maneras sólo hay de morir: se muere, o por síncope, o por asfixia. Poco me espanta la primera de estas muertes... Un desmayo... y nada más; un desmayo del que ya no se vuelve; la generosa entraña cesa de latir y nos dormimos dulcemente para siempre; pero la asfixia, ¡Dios mío!,

la asfixia que nos va sofocando sin piedad, que nos atormenta hasta el paroxismo... y unido a ella el terror de lo que viene... de lo desconocido en que vamos a caer, de ese pozo negro que abre su bocaza insaciable... de lo "único serio" que hay en la vida.

"A más de cien médicos he preguntado:

"—¿Qué, se sufre al morir?

"Y casi todos me han respondido:

"—No; se muere dentro de una perfecta inconsciencia..."

"¡Ah! sí; esto es lo natural, lo bueno, lo misericordioso; la santa madre, la noble naturaleza debe envolvernos en un suave entorpecimiento; debe adormecernos en sus brazos benditos durante esa transición de la vida a la muerte. Sin duda que morimos como nacemos... en una misteriosa ignorancia... Pero ¿y si no es así?... ¿si no es así? me preguntaba yo temblando.

*
* *

"¡Morir! — seguía pensando (y sigo aún por mi desgracia)— He de morir, pues, y todo seguirá lo mismo que si yo viviera. ¡Esta multitud que inunda las aceras continuará su activo y alegre tráfago, bajo el mismo azul del cielo, calentada por el mismo oro tibio del sol! En los bosques los nidos seguirán piando y los amantes seguirán buscándose en las bocas la furtiva miel de la vida. Las mismas preocupaciones atormentarán a las al-

mas... Los mismos placeres, sin cesar renovado: deleitarán a las generaciones... La tierra conti nuará girando como una inmensa mariposa alred dor de la llama del sol... y yo ya no existiré, y no veré nada, ya no sentiré nada... Me pudri silenciosamente en un cajón de madera que se de moronará conmigo...

"Pasarán las parejas de aves sobre la tierra qu me cubre, sin conmover mis cenizas... El sol de pertará germinaciones nuevas en derredor mío; si que mis pobres huesos se calienten con su fueg bendito.

"Mi memoria habrá pasado entre los hombre mi huella se habrá perdido, mi nombre nadie h brá de pronunciarlo. El hueco que dejé esta lleno...

"Y si al menos fuese así, si la muerte se red jese a un eterno e inconmovible sueño... pero l palabras de Hamlet nos torturan el pensamient "Morir... dormir... soñar... "¡¡soñar acaso!!

¡ALEGRATE!

Si eres pequeño, alégrate, porque tu pequeñez sirve de contraste a la grandeza de otros en el universo; porque esa pequeñez constituye la razón esencial de su grandeza; porque para ser ellos grandes han necesitado que seas tú pequeño, como la montaña para culminar necesita alzarse entre colinas, lomas y cerros.

Si eres grande, alégrate, porque lo invisible se manifestó en tí de manera más excelente; porque eres un éxito del Artista eterno.

Si eres sano, alégrate, porque en tí las fuerzas de la naturaleza han llegado a la ponderación y a la armonía.

Si eres enfermo, alégrate, porque luchan en tu organismo fuerzas contrarias que acaso buscan una resultante de belleza; porque en tí se ensaya ese divino alquimista que se llama Dolor.

Si eres rico, alégrate, por toda la fuerza que el Destino ha puesto en tus manos, para que la derrames...

Si eres pobre, alégrate, porque tus alas serán más ligeras; porque la vida te sujetará menos;

porque el Padre realizará en tí más directame
que en el rico el amable prodigio periódico
pan cotidiano...

Alégrate si amas, porque eres más semejant
Dios que los otros.

Alégrate si eres amado, porque hay en esto
predestinación maravillosa.

Alégrate si eres pequeño; alégrate, si eres gr
de; alégrate, si tienes salud; alégrate, si la
perdido: alégrate, si eres rico; si eres pobre,
grate; alégrate, si te aman; si amas, alégr
¡Alégrate siempre, siempre, siempre!

INDICE

	Páginas
Las ideas de Tello Téllez	3
Tello Téllez opina sobre «la vida» . . .	6
T. T. opina sobre el amor.	8
T. T. opina sobre la piedad de Dios . .	12
T. T. opina sobre la literatura	16
La erudición, según Tello Téllez . . .	19
Ante la catástrofe.	23
Un cuento.	33
Una esperanza	44
El miedo a la muerte	52
¡Alégrate!.	59

